

le abbez sent voy m'ajour... T...
 —No, dijo Vicente, colocando la bolsa sobre una
 mesa, no podria devolverla nunca.
 —Montalt agarró la bolsa con violencia y la tiró
 al mar por una de las ventanillas de la cámara.
 —... dijo Montalt, con desprecio.
 —... dijo Montalt, con desprecio.
 —... dijo Montalt, con desprecio.

XII

EL EREBO.

(CONTINUACION).

Los extraños furoros de ese no menos extraño hombre nacian con igual rapidez. Antes que Vicente hubiese vuelto de su sorpresa habia recobrado su habitual indiferencia la fisonomía del nabab.

Tendióse cómodamente sobre el divan y replicó al cabo de algunos minutos.

—Mr. Vicente, nada mas tenemos que decirnos. os deseo la mas completa felicidad.

Aunque fuera difícil encontrar una forma de despedida menos ambigua; el jóven marinero no se movio. Habia hecho su resolucion durante aquel último minuto esplicándole su honrado corazon la causa de la cólera de Montall.

—Milord, replicó dominando su embarazo, puede ser muy bien que vos no tengais nada mas que decirme, pero yo no estoy en el mismo caso: he comprendido que mi silencio era ingratitude....

—Os declaro, Mr. Vicente, que no tengo el mas mínimo deseo de saber vuestra historia.

Valor se necesitaba para seguir.

Vicente atravesó á pasos lentos la distancia que le separaba del nabab y tomó su mano con respetuoso atrevimiento.

—Me habeis hecho una reprension cruel, dijo dulcemente; os suplico que me escuchéis breves momentos: creo que habeis encontrado en vuestra vida hombres malos, y quiero que si alguna vez os acordais de mí, digais que hay en Bretaña un corazon confiado y reconocido.

—¡Orgullo!... dijo en voz alta Montalt, cuya voz sin embargo era dulce; decid lo que querais; ya os escucho.

El jóven marino guardó silencio por un momento, y á medida que iba retrocediendo á lo pasado velaba su frente una nube de profundo dolor.

—Somos una familia poderosa en Bretaña en otro tiempo, dijo; su nombre es el que os ocultaré ahora, milord. La rama directa de esa familia es la que ha permanecido rica, aunque algo decaida: los demás deciros que yo soy uno, somos indigentes hasta vernos obligados á comer el pan de los primeros.

Montalt apoyó su cabeza en los cojines, cerrando

los ojos como tenia de costumbre. Vicente habia hecho la resolucion de expiar su falta pretendida y de referirlo todo.

—Mis hermanas, mi padre y yo, prosiguió, habitamos el castilo de mi primo segundo, que yo llamo mi tio á causa de las diferencias de edades..... Era bueno para nosotros y mi padre nos aconsejaba siempre que le quisiéramos.

Mi tio tiene una hija que se llama Blanca.... Antes de saber lo que es el amor la amaba ya.

—Un idilio breton, murmuró el nabab.

—La amaba, prosiguió Vicente, que pareció no hacer caso de la interrupcion; ignoro si habreis amado así en vuestra vida. Milord, yo no tenia mas que un pensamiento, bien de dia ó de noche.... ¿Sé acaso lo que por ella hubiera hecho? Cuando la pobre niña estaba triste se desgarraba mi corazon. Cuando sonreia mi corazon se estremecia de placer.

Sin embargo, no confiaba, porque Blanca era el único heredero de los bienes de la familia y yo nada poseia. Nunca me preguntaba cuál sería el porvenir.... La veia y era feliz....

Aun cuando hubiera poseido todos los bienes de la tierra, tampoco hubiese confiado. Habia tanto respeto en mi amor!

Vicente tenia la cabeza inclinada sobre el pecho. Temblaba su voz y estaban húmedos sus ojos.

No era el fastidio el que se retrataba en la fisonomia de Montalt.

Un amargo pensamiento arrugaba su frente, y la

narracion de Vicente le causaba una sensacion penosa.

El jóven marinero pasó el dorso de su mano por la frente, donde brillaban algunas gotas de sudor.

—No puedo deciros, milord, replicó bruscamente cuánto tímido respeto habia en el fondo de mi corazon. Mirarla únicamente me parecia una audacia, y cuando en mis sueños me veia ajar su suave mano con un beso, se me helaban las venas como á la idea de un crimen.

¡Oh! preciso ha sido que Dios me arrebatase mi razon.... Estaba loco, mas loco mil veces que los desgraciados que se encadenan en la tarima con duros y pesados anillos de hierro.

El nabab escuchaba entonces con creciente atencion.

Vicente al contrario, dudaba proseguir. Despues de haberse detenido un instante, replicó sin embargo con lentitud, haciendo sobre sí mismo un esfuerzo visible:

—Un dia se daba una fiesta en el castillo; ya hace de esto seis meses.

Era uno de esos hermosos dias que adelantan la estacion, y que prestan abrasadores rayos de sol á la primavera.

La atmósfera era pesada; ni el menor soplo de viento agitaba las flores ni el ramaje.

Hacia muchas semanas que estaba malo, y cada noche temblaba presa de esa fiebre tenaz que parecen exhalar nuestros pantanos de Ille-et-Vilaine.

—¡Ahl dijo Montalt, ¿sois de Ille-et-Vilaine?

—Sí.... Aquel día recuerdo que sufría mas que nunca. Apenas habia podido permanecer en mi silla durante la comida.

—Vamos, Vicente, dijo mi tío, no tengas esa cara de hospital entre alegres convidados. Bebe como un hombre, ó vas á acostarte.

Casi estuve para retirarme; pero Blanca estaba enfrente de mí, al lado de su madre; sufría ella tambien un mal semejante al mio; su angelical rostro tenia como un velo de palidez. ¡Dios mio! ¡si supiéseis cuán bella estaba!

¡Me quedé! No podia privarme voluntariamente de su vista.... Y para tener el derecho de quedarme, pedí un vaso y bebí con mas frecuencia que lo que tenia de costumbre.

Cuando todos se levantaron de la mesa, habia una especie de bruma delante de mis pesados ojos, y veia los objetos dar vueltas confusamente en torno mio.

Declinaba el día.

Salí de la casa y vagué durante una hora por las solitarias calles del jardín.

Huia de la multitud; abrasábaseme la cabeza; llenábase mi cerebro de sueños insensatos, sueños como los que nunca habia tenido antes de aquel día, como no los he tenido despues.

Los huéspedes de mi tío hablaban y jugaban por los bosquecillos: cuando oí el ruido de sus voces me alejé, porque su alegría me destrozaba el corazón.

A una de las estremidades del jardín de mi tío habia una canastilla donde Blanca solia retirarse durante los grandes calores del día.

Frecuentemente pasaba yo largas horas contemplando su hermoso sueño á través del ramaje que rodeaba el canastillo.

Por instinto y sin saberlo me habia dirigido hácia aquella parte.

La noche era sombría y pesada. Cuando llegué al kiosco que encerraba el lecho de la niña, ví una forma blanca tendida sobre las flores que ocupaban el centro.

El jóven marinero se detuvo otra vez.

Las palabras salian una á una y como entrecortadas de sus lábios.

Lo extraño era que el nabab parecia seguir luchando con él en cuanto á la profunda emoción. ¡Bajo la máscara de bronce que cubria su rostro tenia Montalt una lívida palidez.

Durante los cortos momentos de silencio que reinaron, hubiérase podido oír su respiración penosa y sofocada.

Cuando Vicente volvió á proseguir su voz sordavelada, llegaba apenas á los oídos de Montalt.

—No habia en mí ni razon ni pensamiento, dijo: entré en el kiosco, me arrodillé cerca de Blanca, dormida, y la adoré silenciosamente.

Oia perfectamedte su respiración igual y suave, contaba los latidos de su corazón.

Trascurría el tiempo; la noche avanzaba. Las ri-

sueñas voces de los convidados no llegaban ya hasta nosotros.

Estábamos solos: la sangre me hervía en las venas.

Blanca continuaba durmiendo, y mis ojos, habituados á la oscuridad, la veían sonreír en medio de su sueño.

Ignoro si me engañó mi oído. Nunca le había declarado mi amor, y sin embargo, me pareció oírle pronunciar mi nombre entre dientes.

Vicente temblaba, y sus piernas apenas podían mantener el peso de su cuerpo.

El nabab permanecía inmóvil, pero gruesas gotas de sudor marcaban su frente y sus sienes.

Vicente á nada prestaba atención.

—¡El demonio! ¡el demonio! murmuró con frenesí; el demonio se apoderó de mi alma: Dios me abandonó; me levanté....

Blanca seguía durmiendo.

¡Oh! ¡por qué no me hirió el rayo en aquel momento!

La pobre niña se despertó y lanzó un grito.

Los remordimientos habían reemplazado á la embriaguez.... huí como pudiera haberlo hecho un criminal.

Toda la noche anduve errante por el campo.... El infierno estaba en el fondo de mi corazón.

Montalt no se movía, pero en su rostro se pintaba una indecible tortura. No escuchaba al jóven marinero, que terminaba su narración con entrecorada voz.

—Al siguiente día la volví á ver.... decía; los ángeles no adivinan el mal. No me había reconocido.... no sabía.... y á sus lábios asomaba una dulce sonrisa.

Vicente se cubrió el rostro con las manos y un sollozo desgarró su pecho.

Hubo un momento de silencio.

De pronto el jóven marinero sintió una mano de hierro que le sujetaba el brazo; dejó caer las dos manos cruzadas delante de sus ojos, y vió la elevada estatura del nabab de pié, inmóvil y á su lado.

Montalt estaba tan pálido que parecía un fantasma. Una sonrisa llena de amargura y de dolor levantaba los extremos de sus lábios. Leíase en su mirada una especie de locura fría y terrible.

—¿Dónde has aprendido esa historia? preguntó con voz baja y aterradora.

Vicente abrió los ojos admirado.

—Respondedme, respondedme, dijo el nabab sacudiendo su brazo con una violencia terrible: ¿sabes á lo que te espones viniendo á decirme que soy un cobarde y un infame?

—¿Vos? balbuceó Vicente estupefacto.

—¡Yol! ¡yol! repitió Montalt con fuerza.

Luego se debilitó su voz mientras añadía:

—¡Todo eso es verdad!..... ¡todo eso es muy cierto!....

Era muy bella y el demonio se apoderó de mí robándome la razón.... ¿Pero no he sufrido bastante para expiar mi crimen?

Vicente creía soñar: cuanto mas se esforzaba por comprender, mas se confundían las ideas en su imaginación.

Montalt le soltó el brazo de pronto, dejándose caer anonadado sobre el diván.

Permaneció allí sin movimiento mas de un minuto; luego se estremeció como si hubiera despertado sobresaltado.

—Déjame, dijo á Vicente.

El jóven marino se alejó.

Cuando hubo partido puso Montalt sus dos manos sobre el corazón, que desfallecía; un sordo gemido salió de su pecho.

Luego hizo un esfuerzo para levantarse y llegó vacilando á un mueble de estraña forma, que abrió con ayuda de una llavecita suspendida de su cuello por una cadena de oro.

Tomó una caja un poco mas ancha que la mano, y cuya tapa desaparecía bajo un adorno de brillantes de mas luces maravillosas.

Sus dedos temblaban mientras dudaba levantar la tapa de la caja.

Cualquiera que hubiese asistido á esa escena solitaria, se hubiera preguntado qué tesoro era bastante precioso para merecer semejante adorno.

Porque en el adorno de la caja habia muchos millones.

Montalt la abrió al fin; no contenia mas que un bucle de rubios cabellos, finos y suaves como los de un niño ó una niña.

Las facciones de Montalt pintaron un recogimiento grave y profundo. Contempló durante mas de un minuto el bucle.

Le absorbía una especie de religioso éxtasis.

Agitáronse sus párpados.

El murmurio de un nombre suavemente pronunciado se escapó de sus labios.

Un nombre de mujer....

Cayó de rodillas rodando dos lágrimas por sus mejillas.